

dad la que se encuentra en la raíz de la crisis actual de la izquierda, de sus dudas, de la duda sobre su propia existencia.¹ Reconociendo que la «utopía» igualitaria de la izquierda no sólo no fue capaz de realizarse en alguna parte, sino que se convirtió en su contrario ahí donde pretendió realizarse,² Bobbio señala que el desafío que dejó el comunismo histórico no ha desaparecido: sigue existiendo el gran problema de la desigualdad entre los hombres y los pueblos, con toda su grave-

dad e insoportabilidad (p. 85). Frente a esta realidad, hay signos del «incontenible camino del género humano hacia la igualdad», tendencia «irresistible», de la cual hay efectivamente signos, pero de la que nadie garantiza que pueda llegarse a una etapa mejor, así como tampoco puede negarse que el tiempo actual es de triunfo para la derecha. Pero, por ello mismo, la distinción entre izquierda y derecha sigue teniendo sentido, no ha perdido su razón de ser.

NOTAS

1. Véase del propio Bobbio, «La sinistra e i suoi dubbi», en G. Bosetti (ed.), *Sinistra punto zero*, Roma, Donzelli, 1993.

2. «Un proyecto utópico —dice Bobbio—, es por definición irrealizable. Para realizarlo, es necesario forzar, acelerándolo más allá de toda medida, el mo-

vimiento histórico. Pero cuando se fuerza el movimiento histórico, el proyecto utópico se transforma en su contrario» (*ibid.*, p. 93). Como un ejemplo de la transformación en su contrario de una utopía, véase Bobbio, *L'utopia capovolta*, Turín, La Stampa, 1990, escrito a raíz de la matanza en la Plaza Tien An Men.

LA TEMATIZACIÓN SOBRE EL INDIVIDUO: LAS PARADOJAS DEL INDIVIDUALISMO DE VICTORIA CAMPS

María Pía Lara
UAM-I, México

VICTORIA CAMPS, *Las paradojas del individualismo*, Barcelona, Crítica, 1993

En sus *Virtudes públicas*,¹ Victoria Camps enfrentaba el reto de hacer valer la imaginación para recuperar la noción de virtud con una propuesta en la que la justicia llevaba el papel central. Todos los ecos de aristotelismo que el concepto de virtud conlleva no fueron, sin embargo, obstáculo para que Victoria Camps considerara que la moral pública no puede pasar de

ellas tan fácilmente, especialmente, tras el reto de la concepción de individuo que promovió la tradición liberal. El análisis de cuáles eran esas virtudes ciudadanas y cómo se reinsertan en nuestra sociedad moderna, dentro de una ética laica, lleva directamente a retomar el reto de la revisión de lo que significa el individualismo. Y a ello responde este «corolario», cuyo título revela, en gran parte, sus objetivos prioritarios: *Las paradojas del individualismo*.

Puede hacerse también una distinta lec-

tura de por qué una obra lleva necesariamente a la otra. En los últimos años los pensadores anglosajones arremetieron contra algunas de las concepciones máspreciadas del liberalismo, principalmente, en sus nociones abstractas y formales de lo que el individuo era. Y, por otro lado, consideraron que la noción de comunidad, tan central para el aristotelismo como para las teorías republicanas, era un requisito indispensable para contrarrestar los efectos que produjeron las exacerbadas apologías del individualismo egoísta. Los comunitaristas son, en este sentido, un referente explícito de la autora para lograr proponer una tesis central de su libro: las virtudes ciudadanas aluden a esa parte de la moral pública que es significativa para enmarcar a la responsabilidad ciudadana con una noción revisada de lo que la libertad en los Estados modernos significa. Sin embargo, ello no quiere decir que podamos hacer a un lado una de las grandes categorías centrales a la modernidad: su concepto de individuo. De allí que, precisamente, el título de la obra sea el reflejo claro de cómo la autora no puede concebir tal noción sin su escenario de paradojas.

El libro abre un espacio a la reflexión sobre la autonomía que, como en anteriores propuestas de Victoria Camps, refleja un intento muy serio de darle la vuelta al problema con recursos de una imaginación nutrida de la reflexión moral. Pienso que la cualidad de los textos de Victoria Camps está mucho más en el esfuerzo por correlacionar los ámbitos éticos con la vida política y que ello claramente se refleja en su referente explícito sobre las cuestiones políticas de su país de origen. Al plantear la necesidad de retomar la noción de autonomía, Victoria Camps está pensando ya en revertir la problemática de su formalismo y, por ello, aduce que la noción de autonomía vinculada a la del individuo está directamente relacionada

con dos valores centrales de la modernidad: la libertad y la justicia. Y para que pueda percibirse una posible relación entre ellos, basta aludir a una mediación conceptual como la de la dignidad humana, que, inmediatamente, nos remite a las cuestiones vinculadas con la igualdad y la libertad.

Éste es, pues, el punto de partida de su argumentación. «La noción moderna a la que no nos es lícito renunciar, dice Victoria Camps, es la de autonomía»² y, sin embargo, nuestra ética es forzosamente individualista, se define como derecho y como exigencia. A partir de esta certeza, Victoria Camps se desliga de lo que puede pensarse como su acercamiento más claro con el aristotelismo, pues la noción de individuo significa en su análisis la necesidad de plantear que la moral pública es el resultado de que cada individuo pueda también considerarse un ciudadano. La noción de autonomía a la que Victoria Camps se refiere no está, pese a todo, tan cercana a los planteamientos de Kant como se pensaría. Es justamente lo contrario. Victoria Camps siempre ha dejado claro el rechazo al formalismo kantiano y, sobre todo, a su ética del deber. Por el contrario, su noción de autonomía, claramente la vuelve a acercar a las dimensiones aristotélicas en las que la vida y su plenitud, en términos morales, no pueden separarse de la noción colectiva de justicia y de responsabilidad moral. Su defensa de la autonomía está, por lo tanto, mucho más cercana a Hume que a Kant, pues es Hume y no Kant quien «le da más oportunidades al sentimiento, reconociendo incluso que son los sentimientos, y no la razón, los que proporcionan explicaciones más idóneas de nuestras convicciones morales».³

Ciertos elementos son constantes en la obra teórica de Victoria Camps. Uno de ellos es éste que rechaza la idea de que la

ética puede estar fundamentada solamente con cuestiones racionales o por medio de la razón. Y si Kant no es un santo de su devoción, tampoco lo han sido los filósofos morales que han revivido a Kant, a pesar de sus problemas formales. Ni Habermas ni Rawls pueden tener para Victoria Camps una respuesta a cómo definimos precisamente nuestras convicciones morales. Y si Habermas aparece siempre ejemplificando los problemas de considerar las relaciones humanas en un sentido poco complejo, casi transparente, Rawls siempre es el ejemplo clave de lo que significa el dogmatismo acerca de la noción liberal de la libertad.⁴ Pero a pesar de estar en contra de los dogmatismos del liberalismo acerca de la libertad, Victoria Camps piensa que sigue siendo Stuart Mill quien mejor la ha definido.⁵ Pero si la libertad sigue siendo una materia para explorar y está además relacionada directamente con nuestras ideas de autonomía y de individuo, es necesario reconocer que debemos aprender a interpretarla de una forma distinta a como lo hemos hecho tradicionalmente. Y Victoria Camps piensa que por ello han de rebatirse las consideraciones de Berlin acerca de la imposibilidad de combinar los sentidos negativo y positivo de la libertad, pues ahora, en contra de lo que Berlin pensaba, no son los totalitarismos los que nos acechan con la amenaza de querer controlar hasta nuestros espacios más privados, sino los liberalismos, que han entendido su normatividad acerca de cómo los individuos sólo pueden ser felices con ciertos patrones. Y porque Victoria Camps quiere abogar por la idea de una «autonomía plena» es por lo que el sentido de la libertad positiva se convierte en su siguiente objetivo.⁶ La dimensionalización que le da Victoria Camps a esta noción se halla en los meandros de su discusión acerca de los valores, nuestras elecciones, el papel

de lo racional y de los sentimientos. Nuestra idea de individuo está ligada a la estructura conflictiva de nuestras decisiones y a nuestras limitaciones. Victoria Camps, sin embargo, rodea toda la estructura analítica de por qué Berlin se equivoca al desconfiar tanto en la libertad positiva, porque está pensando en cómo es precisamente la dimensión positiva de la libertad la que permite relacionar a la autonomía con un proyecto de autenticidad. Pues «la autonomía ética se distingue de la autonomía sin más en que aquélla tiene un *telos*: que todos los individuos lleguen a gozar de la libertad positiva o lleguen a ser auténticos individuos.⁷ Esto no significa que se piense en una idea de armonía total o que todos deban compartir el mismo proyecto de identidad. Por el contrario, supone que podemos empezar a interrelacionar la idea de que la dignidad humana tiene que articular a la dimensión de la justicia social con los proyectos de vida de cada individuo y en cómo se articulan de una forma coherente, dimensionando esa dignidad en el reconocimiento de su autenticidad. «La autonomía o libertad positiva sólo puede ser entendida como el imperativo de que todos los individuos lleguen a serlo, lleguen a tener una capacidad similar de elegir y decidir.»⁸ Y he aquí la conexión tan estrecha con su libro anterior, *Virtudes públicas*, pues se trata de que el individuo florezca pero que también se haga virtual su florecimiento moral en su vida como ciudadano. Y aquí también queda explícito el porqué de elegir una mediación como el concepto de autenticidad para relacionar la dignidad humana con la justicia y la libertad. A mi juicio, es precisamente el capítulo de «La autonomía plena» el que mejor refleja las intenciones del libro y su vuelta de tuerca para salir de las dificultades atribuidas a los neoaristotelismos y a los comunitarismos.

Hay también otros capítulos enormemente sugerentes. El denominado «Misericordia de la democracia» es también ilustrativo de la difícil articulación teórica que Victoria Camps busca encontrar entre la moral pública y la política. En el reconocimiento de las debilidades de lo que es la democracia, Victoria Camps argumenta las fortalezas que esa debilidad puede promover, pues el objetivo de la democracia «debería ser el descubrimiento de los intereses comunes de la sociedad, no la satisfacción de éste o aquel interés corporativo».⁹ El blanco aquí se centra en todas las nociones utilitaristas que merman y destruyen nuestra noción de la democracia y sus procedimientos. En este sentido, Victoria Camps piensa que lo defendible de la idea de vernos siempre reflexionando sobre medios y fines, algo tanpreciado para Kant, construido a partir de la noción de dignidad humana, nos exige también pulir y «afinar» los procedimientos. Lo significativo aquí, sin embargo, es que las debilidades que tenemos, la conciencia de ellas, permita combatir la miseria sobre la que están construidas. Nuestras limitaciones tienen que fijarnos siempre el horizonte frágil y contingente que nos ciñe a la realidad de que no podemos hacer todo lo que queremos o que no siempre resulta como lo deseábamos. Pero también es importante saber que errar es una de las condiciones más claras de nuestra humanidad. Por ello la democracia sólo puede ser un procedimiento que nos permite contrarrestar sus propias debilidades. Sin duda, la dimensión moral que se refleja en lo político tiene que ver con el hecho de que la democracia es el procedimiento que más claramente muestra las debilidades humanas, sus miserias, todo lo conflictivo y oscuro que yace en nuestra vida interior. Lo que no obsta para plan-

tearnos que esa conciencia puede permitirnos precisamente construir y modificar, evitar y errar, y que no se trata de una tarea a la que podamos poner punto final, sino que su dimensión trascendente radica en que muchas veces son otros los que habrán de vivir mejor, tal como eran nuestros deseos.

El texto recorre virtualmente las paradojas de la Europa moderna. La participación política como un problema que tiende cada vez más a ser lo significativo de nuestra época, el descrédito de los políticos, los separatismos y las nociones étnicas que minan la vida actual de los países europeos cuyas luchas fratricidas son hoy el pan de cada día. Mientras en estas dimensiones se tematiza lo colectivo, lo compartido, lo común, otros fenómenos nos acechan con los que todavía no sabemos lidiar. De entre ellos, la exasperante explosión de la comunicación y los medios masivos que, paradójicamente, han construido una sociedad de incomunicados.¹⁰

El libro busca obligarnos a reflexionar sobre materias de las que filosóficamente se ha hablado mucho, pero, a mi juicio, el mérito de Victoria Camps es que hace que en las nociones tradicionales que tenemos de trabajo, o de la calidad de vida, aparezcan en sus reflexiones tamizadas por un esfuerzo de vincularnos a contextos tan específicos de su sociedad que, de alguna manera, siempre aparecen con resultados de dimensiones novedosas. El ejemplo del trabajo¹¹ sirve para ilustrar lo que digo, a Victoria Camps ya no le preocupan las nociones weberianas o marxistas asociadas a este concepto, más bien se trata de combatir la idea vigente en los ochenta del trabajo como adicción, de la pérdida de la identidad que se da a través de esta fiebre adictiva que pervierte también los espacios afectivos, recreativos y personales de la vida humana. Es por ello

central la reflexión sobre la calidad de vida humana a la que es necesario que apelemos. Esa calidad de vida sólo puede hacerse posible si transformamos nuestras nociones de vida, nuestros proyectos

en una interrelación precisa, tejida firmemente en sus fragilidades, sobre la exigencia social de que todos podemos aspirar a una autonomía plena y auténticamente humana.

NOTAS

1. Victoria Camps, *Virtudes públicas*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

2. *Las paradojas del individualismo*, p. 23.

3. *Ibid.*, p. 37.

4. Dice Victoria Camps: «Por ello, voy a fijarme únicamente en un aspecto que, a mi juicio, se va haciendo evidente en el propio desarrollo del pensamiento de Rawls, y se confirma en el presente escrito: lo que aparece en primer término, como presupuesto teórico y, por lo tanto, "dogmático" —sin pruebas posibles— de la teoría de la justicia, es la concepción de la persona moral [...] Pues bien, ese ideal de persona es, según Rawls, incomprensible sin el presupuesto de la libertad». Introducción a John Rawls, *Sobre las libertades*, Barcelona, Paidós/I.C.E.-U.A.B., 1990, pp. 22-23.

5. «Él supo poner de relieve la dificultad de la libertad [...] Lo difícil es ser libre, hacer uso de esa facultad de escoger y preferir cuando, por otra parte, no se poseen la verdad y el saber totales», *Paradojas del individualismo*, p. 39.

6. «La libertad positiva es, propiamente, la autonomía del individuo. Tiene que ver no sólo con sus posibilidades de actuar, sino con el modelo de vida que adopte», *ibid.*, p. 47.

7. *Ibid.*, p. 55.

8. *Ibid.*, p. 59.

9. *Ibid.*, p. 79.

10. Especialmente relevante a este respecto es el capítulo denominado «Una sociedad de incomunicados», pp. 125-137.

11. «El sentido del trabajo», pp. 138-157.

DE LA POLÍTICA SEGÚN LUHMANN

Nora Rabotnikof

Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, México

NIKLAS LUHMANN, *Teoría política en el Estado de Bienestar* (pról. y trad. de Fernando Vallespín), Madrid, Alianza, 1993, 170 pp.

Luhmann no es, ni pretende ser, un autor «fácil». Quien se haya acercado a *El amor como pasión* (N. Luhmann, trad. de Joaquín Adsuar Ortega, Barcelona, Península, 1985) buscando encontrar en el texto un relato evocador de experiencias de desborde pasional o una nueva narración

sobre la renuncia amorosa de la Princesa de Clèves, seguramente se habrá sentido fuertemente decepcionado. El código de la intimidad no parece intuitivamente traducible a la teoría de sistemas. Con todo, al lector pudo haberle quedado en claro que en el campo del amor, como en el sistema político o en el económico, nos topamos con «probabilidades altamente improbables», con asombrosas maneras de superar la «doble contingencia», con conquistas evolutivas que «podrían haber resultado de otra manera». Tampoco el